

Filatelia

FEDERICO ABAD

Fabián estaba harto de pasarse el día acarreando muertos. Él había sido siempre un tipo alegre, incluso dicharachero; pero en qué mala hora se le ocurrió llamar por teléfono a aquel número, el del anuncio donde se pedía un chófer con experiencia. Si no hubiera sido por el cretino de su cuñado, que se presentó en su casa un domingo al mediodía con el periódico bajo el brazo (“toma, cuñado, mírate esto, a ver si te interesa”), todavía estaría con el furgón frigorífico, cargándose piezas de ternera al hombro, tan feliz. Pero no, no podía seguir así. A su mujer le parecía una miseria el sueldo que le entregaba cada mes. *La Pelleja* —así es como la nombraba con la boca chica— se pasó tres noches seguidas “Fabián, no podemos continuar como hasta ahora. Hazle caso a mi hermano. Llama al anuncio, a ver si se mejoran las cosas”, una y otra vez, una y otra vez, sin dejarle dormir.

Por hacerle caso, precisamente por eso, estaba ahora tan amargado. Todo el santo día aguantando el gimoteo convulsivo de las viudas, rodeado de caras lúgubres, con la música perenne de los susurros de pésame. Sí, es cierto que sus compañeros no lo llevaban tan mal como él, pero era algo superior a sus fuerzas y no podía evitarlo. Él, un hombre joven (se hacía mucho hincapié a sí mismo en esto último), se estaba muriendo en vida de ver tanta desgracia junta. “Son los muertos, que me comen la moral”, les decía a los *amiguetes* de la peña, que le daban ánimos cuando lo veían entrar alicaído.

Fabián había dejado de ser un caso sin importancia, se había vuelto un triste *límite*. Cuanto más profunda era su desdicha, mayor era también su irritación, y más aborrecía el trabajo, y menos soportaba a Pili y a las *niñas* (“cada día que pasa se parecen más a su madre; a ver si se casan ya, con un australiano por lo menos”, decía a veces). En esas condiciones, no era de extrañar que se le cruzaran los cables en la primera ocasión. Pero la salida que tuvo la mañana de autos fue un órdago al completo. Todos se quedaron de piedra.

El jefe lo había puesto en antecedentes la tarde anterior. “Cuídame el servicio de mañana, Fabián. Es uno de los Fernández-Polo, y esa gente está podrida de millones”. Se había acordado recoger el cuerpo del finado en el domicilio (toda una planta en el mejor edificio de Plaza Nueva), a las nueve treinta. El chófer y su acompañante, conociendo el percal, llegaron diez minutos antes. No tuvieron que esperar. Dos hombres cuya edad no rebasaría los treinta y cinco años, que Fabián supuso hijos del difunto, ayudaron a sacar el féretro y a depositarlo en el coche estufa. Acto seguido, uno de ellos subió a recoger a la madre mientras el otro entró en la cochera a por el Mercedes. Fabián dio un rápido vistazo a su alrededor y cayó en la cuenta de que nadie, en ese momento, había bajado aún de la casa.

—Anda, Paquito —le dijo a su ayudante, mientras le ponía un billete en la mano—, date un salto ahí al bar y saca de la máquina un paquete de Ducados, que me he quedado sin tabaco.

Desde el retrovisor vio a Paquito desaparecer por la puerta del establecimiento. Sin esperar un instante, hizo girar la llave de contacto, soltó el freno y salió suavemente por la avenida.

Al llegar a la altura del parque, no antes, comenzó a percatarse de lo que hacía. ¿Iba a volver? El coche avanzaba, continuaba camino hacia la ronda este. En tan sólo unos minutos se habría desatado un mare mágnam de consecuencias imprevisibles. Se había llevado al muerto, lo había secuestrado —o tal vez, rectificó, lo había robado, porque secuestrar es retener a una persona, y aquello ya no lo era—; acababa de *perpetrar* un delito, aunque no acertaba a discernir de qué clase.

Sintió cierta turbación. ¿Se dejaría vencer por el pánico? Regresar ya no tenía sentido: ¿Qué le iba a contar a los Fernández-Polo?, ¿que le estaba dando al patriarca el último paseo por la capital? Le entró risa (¡a él, por fin!). Una extraña seguridad se había apoderado de su ser; su osadía lo enervaba, como a un animal. Hizo cábalas sobre lo que podría pedir por el fiambre, y consideró que diez millones era una cantidad razonable, sobre todo pensando que los cogía en situación desfavorable.

El problema más inmediato, lo tenía claro, es saber a dónde demonios podría ir a parar con el coche. Muy pronto darían aviso a la policía, y un coche funerario no era lo más indicado para pasar desapercibido, y menos aún en carretera. La ronda por la cual circulaba bordeaba un pequeño polígono industrial. Tomó la siguiente salida, y continuó por la calzada que daba acceso a él y se prolongaba hasta una pedanía. Recordaba con claridad que aquel trayecto cruzaba un puente sobre un arroyo. Un sendero, que se abría poco antes del puente, daba la vuelta y descendía para pasar por debajo de éste y continuar junto a la orilla. Embarrado, abandonado por completo, lo creyó un lugar bastante se-

guro para ocultar el automóvil al menos por unas horas, las suficientes para cambiar de vehículo.

Así lo hizo; el último ojo, medio invadido por la maleza, demostró ser el resguardo que él buscaba. Nadie, a no ser que se metiese bajo el puente —y dado el estado del terreno no parecía probable—, podía ver el coche. Se frotó las manos, satisfecho. Para evitar sospechas, caminó por entre los árboles hasta una parada de autobús de línea no muy retirada, y allí aguardó el transporte.

En la casa no había nadie. Pili estaría en la peluquería, “con su cabeza de serrín metida en un secador y un *Lecturas* entre las manos”, creyó adivinar Fabián. Eso le ahorrraba unos minutos de explicaciones, y le proporcionaba además la oportunidad de llevarse el Ford Fiesta de su esposa, con el que tardarían más en encontrarlo. Buscó en la guía telefónica el número de los Fernández-Polo y les obsequió con su primera llamada.

—¿Dígame? —habló una inconfundible voz de criada.

—¿Es la casa del difunto Don Rogelio Fernández-Polo? —preguntó en tesitura de gángster de película en blanco y negro.

—Sí, señor. ¿Qué deseaba?

—Dígale a la familia que tengo el cuerpo del viejo. Que si lo quieren, son diez millones. Si no, lo echaré a los perros.

—¡Aaag! —se escuchó al otro lado de la línea, y acto seguido el estrépito de quien ha dejado caer el auricular porque se ha desmayado.

—¡Oiga! ¡Oiga! —dijo a continuación una voz masculina, que Fabián identificó de inmediato con la de uno de los hijos del muerto—. ¿Quién es? ¡Diga!, ¿quién es?

—Ya no lo repito más —le contestó el chófer—. He robado el coche fúnebre, y tengo el cadáver de Don Rogelio. Quiero diez millones por él o va a los perros.

—Eres el chófer, ¿no? —preguntó iracundo el interlocutor. La sorpresa fue mayúscula para Fabián, que hasta ese instante daba por hecho que todos pensarán en su autoría. Aquella duda abría un nuevo camino. Además, ese modo de apremiarle a que saliera de su anonimato le había molestado. Casi sin pensarlo, contestó

—No. A ese, si quieren buscarlo, se lo encontrarán atado a una encina, no lejos de la Fuente del Toro. No me hace falta, se lo regalo.

—¡Pedazo de imbécil! ¿Con quién te crees que estás hablando?

—Con su hijo, ¿no? —preguntó como para asegurarse.

—¡Sí, con su hijo, sí! —y era más un rugido que una voz humana—. ¡Pues que sepas que te puedes meter a mi padre en los cojones, cabrón, pero no te pienso dar ni un duro!

—Eso ya lo veremos —repuso Fabián, y colgó tranquilamente el auricular en el preciso instante en que otra voz distinta salía ya por el teléfono preguntando insistentemente “¿oiga?, ¿está ahí? ¿Oiga?”.

El primer resultado desmoralizó bastante a nuestro protagonista. La verdad es que no hay nada peor para un vendedor que la falta de clientela. “Pero qué demonios”, se dijo. Se había librado de la culpa en un momento. Ya no tendría que ocultarse, ni huir a Marruecos (esto se le había ocurrido poco antes). Sólo

necesitaba esconder el cadáver y... No había contado con aquel pequeño detalle: ¿cómo se iba a atar él mismo a un árbol?

Determinó resolverlo por el camino. Se hacía necesario salir rápidamente, y procurar que ningún vecino lo viese. Sacó el coche del aparcamiento y enfiló sin demora hacia la circunvalación; no pensaba arriesgarse a que alguien contara después que lo había visto. Más adelante reparó en la circunstancia de que un muerto no se esconde así como así. Se detuvo en el arcén y abrió el portón trasero. Era cierto, allí no cabía un muerto. Entonces recordó algo que, en cierta ocasión, oyó referir sobre unos transportistas ilegales de cadáveres que cruzaban de noche las llanuras de la Pampa argentina, con el fiambre en el asiento junto al conductor. Él no podía esperar a la noche, desde luego.

Tuvo que abandonar la ronda para buscar una sombrerería. Pidió que le sacaran un modelo del escaparate y, sin pararse — volviendo la cabeza para cualquier parte, con tal de que el dependiente no se fijara demasiado en su rostro— lo metió en la caja, pagó y salió como un rayo.

El coche estufa seguía allí. Nadie parecía haberlo visto. Sin un segundo de demora, sacó el cadáver del ataúd y lo sentó en la parte delantera del Fiesta. Lo sujetó con el cinturón, e inclinó el respaldo hacia atrás unos centímetros para que no se le fuese la cabeza contra el salpicadero. Sobre ésta colocó el sombrero que, si bien era cierto que le quedaba demasiado grande, también le ofrecía la ventaja de tapar su rostro hasta la nariz, al volcarlo hacia delante.

Minutos más tarde, el automóvil circulaba por la Avenida de la Estación, entre un tráfico cada vez más denso. Tuvo que detenerse en un semáforo, donde un chico se acercó para hacerle al

parabrisas una rápida y deficiente limpieza, sin mediar consulta previa. Mientras abría la palma de la mano junto a la ventanilla buscando la propina, aún le quedó tiempo para argüir

—Parece que tiene sueño el abuelo, ¿eh?

—Es que me empieza a beber demasiado temprano —señaló Fabián, con un gesto algo confidencial.

Al alejarse llevaba el convencimiento de haber defendido bien la situación. Temblaba sin embargo al pensar que alguien pudiera sospechar lo más mínimo. Concentró entonces toda su atención en conducir con sumo cuidado, pues sabía que al menor incidente daría con sus huesos en la comisaría.

Hubo suerte: condujo el coche, con el muerto a su lado, sin encontrar mayor problema. Llegando a la Avenida del Carmen, tomó el camino del canal para abandonarlo casi al final y avanzar despacio por una loma desnuda de árboles que se extendía hasta el mismo Cerro de la Mesa. Allí detuvo el coche, pero antes de bajarse comprobó por última vez y con deleite que no se había equivocado: no había ni un alma en los alrededores. Sobre el Cerro se levantaba una caseta hecha de obra, construida —como tantas otras de aquella zona— para albergar una de las compuertas que en su día permitían controlar el nivel de las aguas del canal, aunque hacía tiempo que éste permanecía seco.

Acercó el vehículo a la puerta de la caseta, una cancela de dos hojas formada por barrotes de hierro y cerrada tan sólo por un candado desvencijado y cubierto de moho, que cedió después de unos minutos de hacer palanca sobre su armella y de aplicarle algunos golpes con el canto de la llave inglesa. Acto seguido, arrastró el cadáver hasta el interior y, tras un vistazo a su alrededor, decidió que sería mucho más seguro depositarlo en el suelo

del canal, contra la compuerta, con lo que quedaba oculto a los ojos de algún curioso (tenía previsto además cerrar la cancela con el candado de la cadena que *la Vacaburra* —esta vez no la recordó como *la Pelleja*— utilizaba para bloquear el volante del coche). Con un último esfuerzo, agarró el cadáver por los pies y lo fue arrastrando poco a poco, como si fuesen los eslabones de un ancla, por los empinados escalones que daban acceso al lecho del canal, cuidando sobre todo de que no rodara por encima de él. Por fin la cabeza se deslizó más abajo del último escalón y Fabián pudo incorporarse, resoplando de alivio por haber dejado aquella carga (“pesa más que un muerto”, oía a menudo. Definitivamente, los muertos eran mucho más manejables con caja).

Retrocedamos a través del tiempo hasta otro instante. No era Fabián quien se puso a resoplar entonces, sino Aurelio Fernández-Polo, el hijo menor de Don Rogelio, al cual le quedaban aún ocho años para pasar a mejor vida. El padre no estaba en casa, y Aurelio se había hecho con un catálogo Edifil, resuelto a identificar los sellos que aquél guardaba cuidadosamente en clasificadores. En un cuarto de hora había descubierto, entre timbres de escasa cuantía otros, como los dos reales de Isabel II en azul de 1851, o el escudo de España en dos cuartos de color verde en papel grueso azulado, ejemplares cuyo valor necesitaba más de seis cifras para su representación.

Don Rogelio, que años atrás había ejercido como alcalde, era propietario de una bodega (cumplía así la tradición local de alcaldes bodegueros), si bien no se trataba éste de un negocio de envergadura. La reconocida fortuna familiar les llegaba a los

Fernández-Polo sobre todo por la parte de Doña Ursula, la esposa, cuya estirpe amasó grandes capitales desde no se sabe cuándo.

Era Don Rogelio proclive a la infidelidad conyugal, pero la habitual hipocresía propia de su posición hizo que lo ocultara celosamente. Ponía todo su afán en buscarse queridas, y cambiaba a menudo de ellas. Gastaba enormes cantidades en agasajarlas, vestir las y cubrirlas de joyas, y si el caso lo requería no dudaba en poner un apartamento a disposición de la amante de turno. Doña Ursula era una mujer engañada, y lo era doblemente, porque su esposo, además de tener otras mujeres, le robaba para poder mantenerlas. Desde que se casaron, él administraba sus bienes; llevaba la gerencia de un par de empresas de su familia, y participaba en los consejos de administración de otras tantas.

Tras finalizar la carrera, Aurelio estuvo trabajando un tiempo para su padre. El contacto cotidiano con la documentación de la empresa le alertó sobre unas posibles irregularidades financieras, que más adelante pudo confirmar. Las cantidades de sospechosa justificación eran muy elevadas, sumas que en modo alguno podrían pasar desapercibidas en alguna cuenta bancaria, y sobre las que Don Rogelio seguramente tendría mucho que decir. Una tarde, cuando el joven regresó a casa y encontró a su padre en el despacho, enfrascado en la colección de sellos a la que dedicaba algún rato de vez en cuando, una luz se encendió en su mente. Hasta entonces, la afición filatélica no le había parecido importante. Don Rogelio también coleccionaba cachimbas, soldados de plomo, estilográficas antiguas... La de sellos era otra colección cualquiera.

En estas condiciones, un hijo puede responder de diversos modos ante tan flagrante descubrimiento. Aurelio, que sabía lo que se hacía, tomó unas cuantas determinaciones: la primera, no desenmascarar a su progenitor, lo cual habría supuesto el escándalo público o, cuanto menos, la destrucción de su hogar, que no tenía intención de abandonar; la segunda, montar su propio bufete y dejar de trabajar con su padre, pues no quería verse salpicado si alguien descubría el desfalco. Y sobre todo no tocar los sellos; el padre tenía por qué callar, pero no iba a permanecer impasible ante la pérdida de millones y millones de pesetas. Quizá algún día se presentase una ocasión oportuna.

En estos momentos cabe preguntarse qué tiene que ver esta historia con la anterior. En principio, aún cuando en ambas encontramos a la figura de Don Rogelio —vivo o muerto—, no son sino sucesos separados en el tiempo, acontecimientos que transcurren en el devenir por caminos diferentes. Pero el destino es travieso, y quiso jugar un poco dejando que Fabián, al levantar los ojos, encontrase un pequeño paquete de papel de aluminio, a modo de sobre, en uno de los escalones de bajada al canal. Estaba limpio; era obvio que había caído de algún bolsillo del traje del difunto. Dentro de él había otro similar, y en éste último un buen número de sellos españoles, algunos de los cuales estaban repetidos. Perfecta envoltura para mantener intacto el contenido en el panteón familiar —se dijo Fabián—. Sin duda, quien hubiera escondido aquello con el cadáver lo hizo porque su valor debía de ser importante, pero además lo hizo porque temía que alguien pudiera hallarlo.

Y ahora temblaba entre los dedos del chófer, que sonreía emocionado al ver cómo el robo del muerto no había sido tan mala idea; que incluso apuntaba a convertirse en un negocio apetitoso.

Se le estaba haciendo muy tarde, pero ya no podía permitirse el lujo de dejar cabos sueltos. Rehizo el paquete y lo ocultó en el fondo del maletero, bajo la rueda de repuesto. Allí, en una caja llena de sogas que *la Pelleja* guardaba por si había que atar bultos a la baca, encontró una adecuada a sus necesidades. Luego echó el candado a la cancela, salió a toda prisa hacia su casa, y volvió a meter el coche en el aparcamiento (las llaves ya habría tiempo de devolverlas a su sitio más tarde), para subir a continuación al autobús de la línea doce.

En el trayecto no hacía más que darle vueltas al mismo tema: ¿cómo podría atarse solo? En último extremo, no quedaba otro recurso que romper las cuerdas en varios trozos con la ayuda de una piedra, tirarlas junto a un árbol y correr luego en busca de la casa más próxima para contarles a sus habitantes, con el rostro descompuesto, lo que debería suponerse que le había sucedido, rogando que le dejaran telefonar a la policía.

Tenía previsto descender en Villa Gracia. Por fortuna advirtió la presencia de un coche patrulla muy cerca, así que optó por bajar en la siguiente parada. Desde allí tomó un sendero a la derecha. Más adelante conocía una desviación que lo llevaría cerca de la Fuente del Toro. A los pocos pasos de entrar en ella escuchó el ruido de una moto que se aproximaba tras él a toda velocidad. Temiendo que fuera de la policía, se ocultó de un salto tras un brezo, pero el motorista —de vestimenta común, oculto su rostro por el casco integral— se detuvo muy cerca de él y dijo

en voz alta, dando a entender a Fabián que sabía que no andaba lejos

—¡Eh, amigo! ¿No quiere que lo ayude a atarse a un árbol?

Huir era estúpido. Fuera quien fuese, el hecho es que lo habían descubierto. Aquello podía ser el fin; podía ser también su última oportunidad. No se hizo de rogar. Salió al camino, dispuesto a enfrentarse con aquel inesperado encuentro.

—¿Quién es usted?

—Soy uno de los hijos del difunto —respondió el conductor de la motocicleta mientras se levantaba la visera—. Nos vimos esta mañana, bajando el ataúd. ¿No recuerda?

—¿Fue usted quien me dijo que me metiese el muerto en los *huevos*?

—No, ese es el bestia de mi hermano. Tome —y le alargó otro casco—, vámonos rápidamente de este sitio, antes de que nos descubra la policía.

—¿A dónde?

—A alejarnos de aquí, ¿a dónde va a ser? Esto habrá que prepararlo en condiciones.

—¿Cómo sé que no va a entregarme?

—¡No diga tonterías, hombre! ¿Cree que la policía se va a tragar el cuento de que lo hice subir a la moto engañándolo?

Fabián parecía estar suspendido en su propio aturdimiento, pero reaccionó con presteza y continuó.

—Esta bien, amigo —no estaba dispuesto a perder la iniciativa—. Supongamos por un momento que su ayuda es sincera. Ahora, déjeme a mí decirle cómo quiero que me ayude.

—Pero... —intentó objetar el otro, contrariado.

—No hay *peros* que valgan. Usted ha sido lo suficientemente listo para saber que fui yo el que lo hizo, de acuerdo. Pero yo también sé que su interés no es precisamente la dignidad de lo que queda de su padre; empiezo a pensar que al viejo no lo querían demasiado —se dijo para sí mismo, antes de continuar—. No quiero hacerle perder el tiempo con adivinanzas. Lo tengo, tengo lo que busca. ¿No era eso lo que quería escuchar? Y ahora, vamos a terminar con lo que estábamos. Aquí tiene una cuerda. Ateme a ese árbol y vuélvase a su casa.

Fabián sonreía satisfecho. Cada minuto que pasaba se sorprendía a sí mismo con una arrogancia que nunca imaginó en él. Aurelio no dejaba de mirarlo, moviendo nerviosamente los ojos, convencido de que tendría que seguirle el juego si no quería perder aquello por lo que esperó durante ocho años. No temía por su madre, que con toda probabilidad seguiría estando en el limbo; pero su hermano era otra cosa: había permanecido demasiado cerca del padre, trabajando con él todos esos años. No era extraño que, al igual que Aurelio, conociera el asunto y estuviera sobre la pista. Por eso mismo, porque siempre hay quien revuelva los últimos rincones de la casa de un difunto estando aún de cuerpo presente, Aurelio se movió con rapidez para que fuera el propio muerto el que sacara de allí tan preciado tesoro de insignificantes trozos de papel, y lo mantuviera oculto en el panteón hasta que volviera la calma.

Y ahora todo dependía del chófer. “¿Cómo pudo enterarse de que los sellos iban con el cadáver?”, se preguntaba el hijo del an-

tiguo alcalde. No, no lo imaginaba cómplice de su hermano, pero entonces...

—Bien —dijo secamente, y con la cuerda en la mano se internó en el bosque, mientras continuaba—. Lo haremos como usted diga... suponiendo que confíe en mí.

—¿Confiar? ¿Por qué tengo que confiar? No se habrá creído que llevo los sellos encima... Aquí mismo —Fabián se colocó dando la espalda al tronco de una sólida encina. Aurelio hizo un primer nudo y comenzó a dar vueltas a la cuerda.

—No lo digo por eso, pero ¿no se ha parado a pensar que, una vez atado, podría hacer que me lo confesara por la fuerza? —dio un violento tirón de la cuerda sobre su vientre, para hacer más elocuentes sus palabras.

—Pss... —expresó con indiferencia el otro—. A los sádicos les delata la soberbia del rostro, pero el suyo no dice mucho —hubo un silencio.

—Está bien, supongamos que tiene razón —había sido un mal envite—. Ya ve cómo estoy cumpliendo mi parte. Concretemos ahora la próxima cita. No creo que debamos llamarnos hasta que la policía se olvide un poco de todo este asunto. Yo quiero mis sellos, y usted, supongo, seguirá queriendo el dinero que pidió esta mañana —hizo una última atadura, y tiró de algunos puntos para comprobar que no quedaba suelta.

—¿Los diez kilos? ¡No, hombre, no! Eso era lo que pedía por su padre, pero su padre, después de todo esto... comprenderá que ya no me hace falta —y le indicó su localización—. Fue una suerte toparme con los sellos —“¡Así que no sabía nada al principio!”, descubrió Aurelio—, ahora la cosa cambia mucho. Todo queda bastante claro: yo tengo los sellos; y usted, seguro que tiene por qué callar.

—Suponiendo que fuera como dice, ¿no le parece buena jugada, entonces, conseguir todo lo que pidió al principio, y sin riesgos, además?

—¿Qué está diciendo? ¿Otra vez me va a tratar como a un idiota? Mire: no entiendo mucho de filatelia, pero si piensa darme diez millones por los sellos sin pensarlo dos veces... (¡ay, amigo, la prisa le delata! —apuntó satisfecho por su sagacidad—) ya me ha dicho que eso no es precisamente lo que valen. ¿Me equivoco? —no oyó respuesta—. Sólo por eso y, cómo le iba diciendo, a pesar de que tengo los sellos y de que usted no quiere un escándalo, me voy a portar bien y le voy a devolver, para que se quede tranquilo... —titubeó con fruición— vamos a dejarlo en la mitad de los sellos.

Como un látigo, el hombre aquél lanzó su mano contra el rostro de Fabián, que por el impulso de la bofetada se golpeó el lado izquierdo de la cara contra el tronco del árbol, mientras escuchó un insulto balbuceado.

—¡Canalla! Esto no va a quedar así. Por esta vez le voy a salvar el pellejo, sólo porque me hace falta, pero no crea que se va a quedar con la mitad, ni mucho menos.

El chófer puso en sus labios una sonrisa de desprecio. Era todo un dios en su inmovilidad.

—Habla igual que su hermano; cómo se nota que son de la misma clase. Señoritos de mierda, con muchos humos, que piensan que si no eres rico, sólo eres un pobre gilipollas.

Había fuego en los ojos de aquel hombre al que se lo habían dicho a la cara. Con el gesto crispado, retrocedió tras un momento de tenso silencio. Miró el reloj y volvió la vista a todas partes. Apretó la boca, las mandíbulas, antes de seguir.

—No se crea ni por un momento que todo va a ser tan fácil. Quizá la policía lo controle poco, pero desde este instante voy a mantenerlo vigilado hora a hora, minuto a minuto. Lo voy a controlar hasta en el water. Cada vez que respire sentirá unos ojos clavados en su nuca. Esos sellos no le pertenecen, no se haga ilusiones con ellos.

—Bueno, sólo se trata de compartir las tuyas propias. Es como si, por unos días, formásemos una cooperativa —elegía las palabras más apropiadas para zaherirlo.

Aurelio Fernández-Polo dio media vuelta y caminó hacia la motocicleta, pero antes de alejarse le increpó agitando el dedo índice.

—No lo olvide, amigo. Día y noche, día y noche. Sin descanso.

Día y noche, así fue. Los días se sucedieron. El inspector Barrios ya había archivado la investigación del caso, pero al menos tres hombres había reconocido Fabián siguiéndole sus pasos. Merodeaban en torno a los entierros que le tocaba atender, vigilaban desde la penumbra de la esquina sus copas en el bar; los veía encenderse un cigarrillo tras otro, sentados dentro de un automóvil frente a su ventana, a altas horas de la noche. Estaba acorralado.

En esas condiciones, los sellos se hacían inaccesibles. Lo pensó despierto hora tras hora, lo soñó dormido noche tras noche, pero no vio cómo hacerlo. Presentía que, al menor intento de sacar los sellos de su escondrijo, alguno de aquellos hombres

se avalanzaría por su espalda, lo abriría de una puñalada una vez roto el secreto.

Hasta ese momento no le habían hecho daño. Ninguno se había aproximado a él; pero su cerco era ya una horca interminable que le cortaba el aire en una muerte lenta, muy lenta.

Un sábado por la tarde su mujer salió —dijo— al Centro, para comprarse unas botas. Avanzaba la noche. Dieron las once cuando aún no había regresado. Fabián estaba inquieto: el retraso de *la Pelleja* empezó a preocuparle. No era extraño, todo le preocupaba.

Poco después se oyó la puerta. Pili apareció acalorada y con las manos sucias de tierra.

—El coche —entró diciendo—. Que se me ha pinchado viniendo para acá. ¡Qué apuro... y qué asco! ¡Joder, fíjate como me he puesto! —y siguió directa hacia el baño. No se paró a escuchar los latidos del corazón de su esposo.

—¿Y has tenido que cambiarle la rueda? —para Fabián era difícil ocultar su alteración.

—¡Pues claro, pareces tonto! ¿Qué quieres que haga?

—No sé —quería preguntar, pero no podía.

—Por cierto, fíjate qué curioso. Resulta que al coger la rueda de repuesto me encontré con esto —y sacó la mano del bolso con el sobre ambicionado—. ¿A qué no sabes que había dentro?

—Ni idea —la luz de la lámpara de pie no dejaba ver su rubor furibundo.

—Sellos. Un montón de sellos. ¿No te parece rarísimo?

—Pues ss...í —la voz le fallaba.

—¿Y qué haría esto allí? —se quedó un tanto pensativa, pero acabó abriendo los párpados y exclamando—. ¡Ay, me parece que ya lo sé! Ya sé de quién son.

—¿De quién?

—Seguro que son del niño de mi hermana, por lo visto ahora le ha dado por juntarlos. El otro día se vino al hipermercado con nosotras. Tuvo que ser que los llevase en la cartera y se le cayesen dentro del coche. ¡Pero hay que ver a dónde fueron a parar!

Fabián mantenía los ojos fijos. Tanto tiempo aguardando ese momento.

—A ver. Déjamelos que los vea —se los arrebató y abrió con cuidado los pliegues de la platina, dos veces recompuestos. Un sudor frío le corría por las sienes. Ya no podía perderlos. Inventó la primera excusa que le vino al pensamiento—. ¡Bah! Si sólo son unos cuantos sellos viejos. ¡Una chorrada de tu sobrino, como otra cualquiera! Seguro que ni se acuerda de ellos. Esto lo tiras a la basura, y te ahorras complicaciones —hizo ademán de levantarse del sofá, como para hacerlo él mismo, pero Pili se adelantó arrancándoselos de las manos.

—¡Y una leche! Le vas a tirar los sellos al chiquillo, con la ilusión que tiene. Mañana tengo que ir a casa de mi hermana, no me cuesta trabajo dárselos —y los devolvió al bolso con maneras airadas.

Eran más de las tres. Dormía *la Pelleja*, pero Fabián quería oír-la roncar a fondo antes de levantarse de la cama.

Lo hizo con todo el sigilo. Metió la mano en el bolso, revolió desesperadamente el contenido. Inútil, sus dedos no conseguían identificarlo. Tomó entonces el bolso lleno y se fue a la sala de estar.

Iba a encender la luz, pero una simple mirada a la calle, apartando un poco los visillos, le convenció de que no debía hacerlo. Allí abajo estaba uno de esos hombres.

Volcó con cuidado el contenido en la mesa. Sólo la tenue claridad de las farolas llegaba a través de las ventanas, pero fue suficiente para distinguir el paquete entre el montón de objetos desparramados. Junto a él halló algo más que llamó su atención, un encendedor que, si no se trataba de un Dupond de oro, se le parecía enormemente. Con gran esfuerzo logró identificar en un canto las iniciales “A F-P M”.

—¡Conque ésta era la razón de tus últimas salidas! —puso la vista en la puerta del dormitorio—. Vaya, vaya, con el señorito *guaperas*, no se anda por las ramas. Y *la Pelleja*; y yo, que la tenía por una mosquita muerta... La pobre mía se creerá que lo hace por sus encantos —reprimió una risotada.

En esos momentos, el adulterio no le importaba lo más mínimo. Los tentáculos del enemigo habían entrado hasta su propia casa. Podía decirse que estaba completamente vendido.

No se detuvo mucho. Se vistió. Se puso el abrigo, recogió el botín y metió en su bolsillo todo el dinero que tenía en el piso, además de un talonario de cheques. Cerró la puerta procurando

que el pestillo no hiciese ruido, y salió apresuradamente en la oscuridad escaleras arriba. No le quedaba otro camino.

Lo más difícil fue abrir la trampilla que daba al tejado, y tomar impulso suficiente para trepar por ella, pero a un hombre perseguido el temor lo vuelve osado y lo hace ágil. Así era Fabián: una figura negra saltando entre las azoteas, su rostro apenas aclarado por la luz que le llegaba desde el fondo de la calle, un corredor de fondo que sólo busca una salida.

Le parecía que no lo iba a conseguir, pero finalmente halló una puerta que no tenía echado el cierre. Casi en tinieblas fue palpando en el vacío hasta dar con el pasamanos de la escalera, al que se asió con desesperación. Bajó así tres pisos; conforme alcanzaba la primera planta, una puerta se abrió inesperadamente y una mano pulsó el interruptor de la luz. Volvió la cabeza entonces y se encontró de frente con un vecino que al parecer salía en la madrugada para una montería, porque iba con una escopeta de dos cañones cargada al hombro.

Fabián se quedó de piedra por un instante. Había sido sorprendido bajando a oscuras en una propiedad ajena. Que aquel individuo lo tomase por ladrón era más que probable; que saliese detrás de él pegando tiros, una posibilidad que no debía descartar.

Lo que no se esperaba era verlo desaparecer con tanta rapidez tras la puerta del piso y, sin embargo, tal fue su reacción. Pudo entonces nuestro protagonista continuar escaleras abajo con la luz encendida hasta alcanzar el portal, sin temor a dar un traspiés, para salir a la calle, al frío de la noche, suficientemente lejos de donde quedaba el *gorila* que tenía por encargo su vigilancia.

Caminando deprisa, pero libre, llegó hasta la avenida, por donde anduvo un buen trecho hasta alcanzar la parada de taxis.

Poco más cabe añadir. Podríamos hablar de Fabián echando una cabezada en un automóvil con chófer —él ya había dejado de serlo— camino de la costa, atravesando los campos al filo de la madrugada. Podríamos hablar de su futuro, su sueño en este instante: viaja en el Virgen de Africa, a bordo del cual se dirige hacia otro continente, y por ello a otra existencia, con dinero más que suficiente para poder llevarla de un modo seguramente mejor. Podríamos imaginarlo tranquilo, viviendo a solas en una casa de planta baja en la medina de Asilah, oyendo el canto del muecín mientras compone sus memorias, como lo hacen las estrellas de cine.

Pero él no es una estrella. Ni le interesa.